

Gabriela Urrutia

Académica Escuela Artes Visuales.
Profesora Línea Vinculante.

De la utopía a la topía

Debo confesar que comentar el texto de Maximiliano Larraín me enfrenta a un complejo desafío, y no precisamente por encontrarme en la responsabilidad de responder a su análisis crítico respecto de las nociones, características e implicancias de la línea vinculante de la FAA de la Universidad Austral de Chile desde una posición institucional y académica, sino debido a que, después de revisar varias veces su texto y con el afán de escribir desde la autenticidad, mis posibles comentarios se desequilibran una y otra vez. Sin duda, estoy absolutamente de acuerdo con lo que expresa el estudiante respecto a la necesidad de practicar la horizontalidad y la colaboración en nuestras vidas y en las relaciones entre nuestros cuerpos con los diversos universos para aventurarse en el desarrollo de procesos transdisciplinares y vinculantes. Sin embargo, estas prácticas siguen siendo un tremendo desafío, pues no sólo debemos derribar monumentales paradigmas modernos, sino que debemos despojarnos de muchísimos aprendizajes enraizados en lo más profundo de nuestros seres. Estoy consciente de que, al hablar de la transdisciplina como un hecho acabado, corro el riesgo de caer en falsedades asumidas o en simulacros de experiencias. Por tanto, quisiera referirme a los procesos de la Línea Vinculante como poderosos pequeños ejercicios, insistentes, tercios. Metodologías performativas que escapan de la visión restrictiva impuesta por la institución disciplinaria, alejándose de la historia tradicional y de las etiquetas como originalidad o individualidad, para configurarse como modelos asociativos y radiales que toman como bandera la indisciplina, es decir, una manera de emprender el estudio a partir de la incorporación de una serie de perspectivas múltiples, permeables entre sí y que, por lo tanto, demandan un constante intercambio de análisis críticos.

Por otra parte, concuerdo que a estas alturas palabras como transdisciplina, utopía, territorio, desarrollo, etc. resuenan como si emanaran desde una dimensión vaporosa y sumamente confusa, con alto riesgo de promiscuidad. La pensadora boliviana Silvia Rivera Cusicanqui nos advierte de estas palabras mágicas como aquellas que, por su carácter seductor y uso repetitivo, comienzan a vaciarse de significado y en vez de referir a una posibilidad real, encubren realidades, esconden zonas oscuras, ocultan mecanis-

mos de captación. Un ejemplo comúnmente conocido son los programas y prácticas artísticas que tienen como objetivo “vincular el arte con la comunidad”. Este objetivo que no admite mucho cuestionamiento está poblado de certezas confusas en relación a la noción de comunidad. ¿Qué nos define como comunidad?, ¿un límite geopolítico?, ¿qué pasa con sus múltiples dimensiones?, ¿acaso las prácticas artísticas se desarrollan fuera de las comunidades o a partir de actores que no son parte de comunidades? Sin duda, requiere de mayor problematización.

En este sentido y para evitar simulacros de experiencia –de los cuales ya nos advierte la investigadora y curadora brasileña Mônica Hoff- y el uso ingenuo de estas palabras mágicas, quisiera referirme al texto de Maximiliano desde el término “topía”. Si bien él habla de utopía –palabra sumamente resonante– considero que este otro concepto nos permite entender los procesos desarrollados mediante el programa de la Línea Vinculante. La topía, al contrario de la utopía, nos posiciona en un presente, no contempla forzosamente la proyección o la progresión, sino que ocurre en este lugar y tiempo. Precisamente, estar juntas, crear juntas, pensar juntas, fue el ejercicio principal del programa, muchas veces sin tener respuestas ni certezas, enfrentando el tedio, el disenso o la ansiedad de integrar un grupo del que sabemos, alguien llegará tarde o suspenderá la reunión por priorizar otro compromiso. En el fondo, el objetivo principal, a mi parecer, más que el proyecto colaborativo que se debe idear, planificar o prototipar, es el hecho de estar e imaginar juntas como un acto político, poético y radical, que escapa de las condiciones académicas y disciplinares, así como también, escapa de las fórmulas y respuestas con punto final.

*... Porque en una fiesta cósmica no se discute, se baila.
Porque el progreso es la invención de la falta y lo
suficiente una verdad que nunca se materializó...*

Mônica Hoff

Durante el tiempo que me he desempeñado como profesora en esta línea he observado la inquietud de quienes integramos este grupo, estudiantes y académicos/as, que genera no encontrar una respuesta inmediata o evidenciar los disensos y contradicciones de las que habla Maximiliano. Tal vez, tiene directa relación con que siempre dirigimos nuestra mirada hacia el progreso/futuro, como si siempre se tratara de un aprendizaje para alcanzar un logro, un

objetivo o una competencia. Sin embargo, en esta topía intentamos otra forma de hacer y de pensar, pausadamente, insertándonos en espacios intersticiales, donde el proceso coherente tiene mayor relación con el des-aprendizaje que con el aprendizaje, poner en tensión y desequilibrar las preconcepciones. Disponerse a abandonar el añorado consenso de las disciplinas para emprender la hibridez y la complejidad como metodologías que no solo nos permiten (re)pensar las lógicas actuales, sino que también, encarnar nuevas formas de colectividad.